

Ecumenismo en Jerusalén

HACE UN SIGLO, EN EL VERANO DE 1910, se celebró la Conferencia misionera de Edimburgo, en Escocia, considerada por muchos como un acontecimiento determinante para el nacimiento del movimiento ecuménico moderno. En la homilía de las Vísperas conclusivas de la Semana por la Unidad de los Cristianos del año que conmemora este centenario, el papa Benedicto XVI ha dicho: “El compromiso por la unidad de los cristianos no es sólo tarea de algunos, ni actividad accesoria en la vida de la Iglesia. Cada uno está llamado a dar su aportación para llevar a cabo los pasos que lleven hacia la comunión plena entre todos los discípulos de Cristo, sin olvidar nunca que ésta es ante todo don de Dios que hay que invocar constantemente. De hecho, la fuerza que promueve la unidad y la misión surge del encuentro fecundo y apasionante con el Resucitado, como sucedió con san Pablo en el camino de Damasco, y con los Once y los demás discípulos reunidos en Jerusalén”. Jerusalén fue el lugar del encuentro de los discípulos con el Resucitado y donde, con la efusión del Espíritu Santo, nació la Iglesia una que hablaba en las lenguas de la multitud de pueblos que en esa ciudad se congregaban. Una mirada superficial a la Jerusalén de hoy vería en ella el antitestimonio del ecumenismo. Una consideración más atenta descubre una realidad ecuménica rica y aleccionadora.

La vieja Jerusalén, rodeada por la muralla construida por Soleimán el Magnífico (1538), ocupa apenas un kilómetro cuadrado; en tan reducido espacio, las tres grandes religiones monoteístas tienen sus lugares santos. La muralla parece encerrarlas “a la fuerza” y obligarlas a convivir. Cúpulas de iglesias cristianas coronadas de cruces, cúpulas de mezquitas musulmanas con su medialuna y cúpulas de sinagogas judías se apiñan en singular desorden.

En los barrios cristiano y armenio –aunque también en el judío y en el musulmán– salta a la vista del peregrino la variedad de formas de vivir el cristianismo. Esta riqueza de expresiones encierra, sin embargo, un drama, que en un primer momento puede escandalizar al peregrino que entra al Santo Sepulcro: la división de sectores y espacios físicos revela divisiones históricas en el seno de la Cristiandad que todavía permanecen en los corazones; las voces de algunos ministros del culto en oración se superponen y parecen competir para silenciar las otras. Pasando de una capilla a otra se

ven diferentes estilos arquitectónicos y decorativos, eclesiásticos y monjes con hábitos diversos y expresiones devocionales particulares. Los guías explican que unos son latinos, otros armenios, ortodoxos, etíopes o coptos. A pocos metros del Santo Sepulcro se encuentra la iglesia de los luteranos, y por otras callejuelas se llega a las de los baptistas, anglicanos, presbiterianos, rusos, rumanos, maronitas, etc.

Jerusalén es un mosaico de iglesias y comunidades cristianas con diversas denominaciones, basadas en una pertenencia eclesiástica que no tiene fundamento territorial sino “ritual”. Cada cristiano ha recibido el bautismo en una Iglesia particular caracterizada por un rito propio. El rito no es sólo el modo de celebrar la liturgia, sino todo un patrimonio espiritual, teológico, disciplinar, cultural, artístico e histórico que expresa un modo característico de vivir y celebrar la fe cristiana. En la misma ciudad viven, unas junto a otras, familias de diversas iglesias católicas, ortodoxas y protestantes, que se distinguen por su pertenencia confesional-doctrinal, jurisdiccional y canónica.

Jerusalén ofrece en pequeño un espejo del mundo cristiano, pues en ella se encuentran representadas la mayor parte de las iglesias y comunidades cristianas. Aquí aparece el todo en el fragmento. Aquí, a pocos metros de distancia, se celebran liturgias orientales y occidentales. Por la misma calle caminan árabes cristianos, hebreos católicos, armenios ortodoxos... y algunas “rarezas” recientes: cristianos sionistas, rusos cripto-cristianos y hebreos mesiánicos.

Alguien ha dicho que las iglesias cristianas de Tierra Santa son “monstruosas” porque tienen mucha cabeza y poco cuerpo. Los cristianos de toda la Tierra Santa son 200.000, apenas el 2% de la población; sin embargo, en la sola ciudad de Jerusalén residen tres patriarcas (greco-ortodoxo, armenio y latino), ocho arzobispos y obispos, y una veintena de obispos titulares.

Una mirada atenta a estas comunidades cristianas permite descubrir una realidad mucho más esperanzadora que la “escandalosa” división o monstruosidad. En las múltiples ceremonias que se superponen en el Santo Sepulcro puede descubrirse no sólo y no tanto una confusión, sino una riqueza multiforme de tradiciones en el único cristianismo y la oración ferviente de iglesias marcadas por la cruz, que aspiran a la unidad. Si se descubre este anhelo profundo, las voces de los celebrantes no se escucharán como una competición disgustosa sino como invocaciones elevadas al Señor en una multitud de lenguas y tradiciones. Los cristianos de Jerusalén han aprendido a conocerse mejor y a apreciarse. Para el peregrino, ésta es una tarea no fácil.

La primera tarea consiste en identificar el nombre de cada iglesia o comunidad. Los criterios de denominación no son homogéneos ni constantes; cambian a lo largo de la historia, en el uso popular, en las clasificaciones oficiales, en la traducción a las diversas lenguas, en las controversias confesionales, en el lenguaje misionero y en el ecuménico. La clasificación oficial por grupos puede ser esta: Iglesia asiria de Oriente, Iglesias ortodoxas (antiguas) orientales, Iglesias católicas orientales, Iglesia católica romana, Iglesia episcopaliana (comunión anglicana) e Iglesias protestantes (con sus numerosísimas denominaciones). Los nombres nacidos de las controversias doctrinales son otros: Iglesia nestoriana, Iglesias monofisitas, Iglesias precalcedonenses o no calcedonenses, Iglesias ortodoxas, Iglesia católica, Iglesias nacidas de la Reforma. Los apelativos populares son: siríaca, bizantina, greca, armenia, copta, etiópica, apostólica, gregoriana, jacobita, maronita, melquita... Para orientarse en este mundo hace falta considerar los dos elementos distintivos de estas comunidades: la doctrina y la constitución eclesiástica.

En la actualidad, tras diversas clarificaciones terminológicas, las cuestiones doctrinales no son tanto sobre Dios (procesión del Espíritu Santo), Cristo (unión hipostática de humanidad y divinidad), María, los sacramentos o la escatología (purgatorio), cuanto de naturaleza eclesiológica: la constitución de la Iglesia que Cristo ha querido fundar y la consiguiente cuestión de la autoridad. Acerca de tal constitución, las Iglesias ortodoxas y católicas orientales y occidentales han mantenido el episcopado por sucesión apostólica; la diferencia está en la relación canónica que existe entre dichas Iglesias y en la consideración del papel que el obispo de Roma tiene en el seno de la Iglesia Universal.

La primera comunidad cristiana de Jerusalén constituía una comunidad única e indivisa, edificada sobre los tres factores de la comunión: unidad de fe, unidad de altar y unidad de autoridad (Act 2,42). Esta comunión hacía que todos los creyentes tuvieran un solo corazón y una sola alma (Act 4,32). Esos tres factores han constituido siempre los signos de la comunión plena en toda la Iglesia extendida por el mundo. Las diferencias existentes al inicio (cristianos provenientes del judaísmo aborigen, del judaísmo helenístico o del mundo pagano) no dañaron la unidad fundamental. A lo largo de los primeros cuatro siglos y medio, la Iglesia de Jerusalén no conoció divisiones. Un único obispo tenía autoridad sobre todos los cristianos, fueran estos locales o de proveniencia externa, como los monjes sirios, egipcios, georgianos, latinos, armenios o de otros lugares. Pero las divisiones que se dieron progresivamente en la Iglesia una y santa, causadas por

problemas doctrinales, territoriales, históricos y políticos surgidos en otros lugares, tuvieron también sus consecuencias y reflejos en la Ciudad Santa. Si Jerusalén había sido considerada “la madre de todas las iglesias”, pasó desde entonces a ser también la imagen más viva de la división de las Iglesias, porque todas querían decir “he nacido allí” (Sal 85,5).

Las causas principales de la multiplicidad de Iglesias y comunidades cristianas (algunas unidas y otras separadas) presentes en Jerusalén son cuatro: las controversias cristológicas del siglo V; las oleadas católicas de las cruzadas y de los franciscanos (s. XII-XIII) y los “uniatas” de las Iglesias católicas orientales (s. XVIII); la oleada misionera de las naciones occidentales (s. XIX-XX); la relación con los lugares santos.

La cuestión cristológica se refería a las naturalezas humana y divina de Cristo unidas en la persona del Verbo. Los concilios de Éfeso (431) y de Calcedonia (451) condenaron las afirmaciones de Nestorio y de Eutiques. Las Iglesias particulares que no aceptaron las fórmulas conciliares fueron consideradas heréticas y cismáticas. Estas se organizaron de forma independiente y continuaron separadamente su vida y celebración de la fe creída. Estas son la Iglesia Asiria del Oriente (nestoriana, o siro-oriental; tras el concilio de Éfeso) y las Iglesias *monofisitas* (tras el concilio de Calcedonia), es decir, la jacobita (o siro-occidental), la armenia y la copta, a las que siguieron la Iglesia etiópica y la Iglesia siro-malankar. La Iglesia de Jerusalén permaneció fiel a la doctrina de los concilios cristológicos y unida a Constantinopla; por eso, fue llamada por los adversarios imperialista-regalista (*melkita*, del siríaco *malko*, rey). Jerusalén sufrió esta división porque de las iglesias separadas seguían afluyendo peregrinos y sus monjes fundaron monasterios en la ciudad.

El movimiento cruzado, proveniente del occidente católico, tenía por objetivo la liberación del acceso de los cristianos a los lugares santos relacionados con la vida de Cristo, pero de hecho llevó también a la constitución de una jerarquía católica en la Tierra Santa. En aquel tiempo, las Iglesias de Roma y de Bizancio ya se consideraban separadas, tras el proceso de alejamiento que siguió a la excomunión recíproca del año 1054. El Patriarcado latino de Jerusalén, erigido 1099, duró hasta el año 1291, fue restaurado en 1847 y perdura hasta nuestros días. Desde el tiempo de las cruzadas, la Iglesia católica ha tenido un influjo y presencia creciente en Jerusalén. Fueron los franciscanos quienes instauraron, organizaron y potenciaron las comunidades católicas en Tierra Santa. En 1336 se instalaron de modo estable en Jerusalén y en 1342 el papa Clemente VI les confió la “custodia de Tierra Santa”. Dieron un impulso fundamental a la Iglesia ca-

tólica de rito latino. Más tarde, otras órdenes religiosas latinas (carmelitas, dominicos, jesuitas, lazaristas, capuchinos...) fundaron comunidades en Tierra Santa que han contribuido al desarrollo pastoral y social de las comunidades. Contemporáneamente se verificó al interno de las antiguas iglesias orientales, y también en la iglesia greco-ortodoxa, un movimiento de acercamiento a la Iglesia católica por parte de algunos obispos, que se concluyó con la constitución de Iglesias orientales católicas. Este proceso está basado en dos principios: la aceptación de la autoridad del Papa, obispo de Roma, como pastor supremo y universal de la única Iglesia de Cristo y la conservación del rito (liturgia, disciplina, espiritualidad, tradición teológica...) de la iglesia de origen. Surgieron así en el Medio Oriente cinco Iglesias orientales católicas: caldea (1552), greco-católica (1724, con ortodoxos del patriarcado de Antioquía, Alejandría y Jerusalén); armenio-católica (1740), siro-católica (1773) y copto-católica (1824). Todas conservan hasta el día de hoy su presencia en Jerusalén y han sido llamadas, con sentido peyorativo, "uniatas". También está presente en Jerusalén la Iglesia maronita de origen libanés, que se ha mantenido siempre unida a Roma.

A partir del siglo XIX se verificó un fuerte movimiento hacia la Tierra Santa de comunidades nacidas de la Reforma, en particular de anglicanos y luteranos. Estos, con la inicial intención de convertir hebreos a la fe de Cristo, acabaron por dirigirse a los cristianos locales, conquistando pequeños grupos para sus comunidades. En los dos últimos siglos también se han desarrollado ampliamente la Iglesia rusa ortodoxa y la Iglesia griega ortodoxa.

Una reciente realidad está constituida por un minúsculo grupo católico denominado "hebreos cristianos", y por los cristianos emigrantes de Rusia, Rumanía y Filipinas. Hay también algunos grupos de "hebreos mesiánicos" que ni pertenecen a las iglesias históricas ni se identifican con el hebraísmo tradicional. Existen incluso cristianos sionistas que, aunque no se identifican con una Iglesia particular, se definen como un movimiento religioso-político.

La descripción esencial de estas diversas iglesias, comunidades y grupos sería demasiado amplia y ya ha sido hecha con precisión y competencia en varias publicaciones.

Los números de la pertenencia confesional en Tierra Santa son ilustrativos: las iglesias ortodoxas (ortodoxas y antiguas orientales) y las iglesias católicas (latina y orientales de todos los ritos) tienen casi el mismo número de fieles, con una ligera ventaja para los católicos (115.000); anglicanos y protestantes juntos no superan los 8.000 fieles. Los grupos más consisten-

tes son los greco-ortodoxos (65.000), greco-católicos (63.000), latinos (44.000), maronitas (7.500), armenios-ortodoxos (3.000), anglicanos (3.000), siro-ortodoxos (2.500), luteranos (2.500) y copto-ortodoxos (1.500). Todos los cristianos juntos, que hoy constituyen el 2% de la población de la Tierra Santa, eran a inicios del s. XIX el 10%. En Jerusalén, en menos de un siglo, el número de cristianos ha disminuido un 50% en relación al total de la población.

En Medio Oriente, las relaciones entre las iglesias han existido siempre y han mejorado mucho en las últimas décadas. No faltaron en el pasado casos de presiones, luchas abiertas y persecuciones. El periodo de las cruzadas dejó heridas profundas en los greco-ortodoxos. Varios grupos no han superado un cierto “complejo anti-romano” y, por eso, perciben en Roma y en los misioneros occidentales actitudes “imperialistas” o proselitistas. Entre las iglesias se fue dando un progresivo extrañamiento y un desinterés por el conocimiento recíproco que favorecía la difusión de prejuicios, desconfianzas inconscientes y rivalidades mezquinas. La responsabilidad de las divisiones era siempre atribuida a la otra parte; no había diálogo, sólo controversia y apologética; no se lograba distinguir entre las verdades esenciales e irrenunciables y las tantas legítimas tradiciones diversas. Hasta las cosas más banales, como la barba de los sacerdotes o los modos de santiguarse o de comulgar, eran ocasión de acaloradas discusiones. Se solía rezar por el cristiano de la otra parte, para que Dios tocara su corazón, lo convirtiese y lo llevase a la verdadera (propia) Iglesia.

Hoy se percibe un clima de relaciones más comprensivo y acogedor. Las visitas a Tierra Santa de los papas Pablo VI (1964), Juan Pablo II (2000) y Benedicto XVI (2009) han desbloqueado muchas oposiciones y abierto nuevas vías de encuentro. Los cristianos viven en una atmósfera humana cordial y fraterna. Los fieles recorren sobre todo la vía de la caridad. Los teólogos y pastores deben recorrer el arduo camino de la verdad. Permanecen las barreras de las divisiones doctrinales que, tras más de un milenio de separación, no se pueden resolver en poco tiempo. Aunque el diálogo teológico ha dado frutos sorprendentes, en Tierra Santa ha sido necesario – y seguirá siéndolo– superar la distancia psicológica. Ya hay muchas instituciones que se abren el diálogo ecuménico en estructuras creadas en santuarios, iglesias y lugares santos. Ya se ha llegado a algún pequeño acuerdo para las reparaciones en el Santo Sepulcro. En los cinco seminarios católicos de Tierra Santa tiene relevancia el ecumenismo como materia de estudio y como conocimiento práctico. Las múltiples escuelas cristianas están abiertas a todos, principalmente a los cristianos de cualquier rito. La cate-

quesis trata de promover el ecumenismo. El clima entre los cristianos es distendido, fraterno y cordial. Los monjes de las diversas comunidades presentes en los diversos santuarios (franciscanos, griegos, armenios, coptos, etíopes) fraternizan. No se registran las peleas del pasado. Para resolver eventuales conflictos, se recurre al *status quo*, a las negociaciones y a las buenas maneras. El peregrino que se escandaliza por las vistosas divisiones de las comunidades cristianas en el Santo Sepulcro —y más en general, en la Tierra Santa— desconoce estas realidades y carece de una adecuada panorámica de la historia, naturaleza, tradiciones y relaciones de tales iglesias. Sí, la división de las iglesias es un drama doloroso del que todos los cristianos, en el fondo, podemos sentirnos responsables. De hecho, las divisiones que se ven en Jerusalén son la expresión de divisiones originadas fuera de ella y que en ella han confluído.

La multiplicidad de iglesias presenta ya en la actualidad un aspecto positivo. Estas iglesias, lamentablemente no del todo unidas, muestran la variedad de dones del Espíritu Santo y constituyen una riqueza multiforme de ritos que custodian tradiciones antiquísimas y valores auténticos. Las iglesias en Tierra Santa se mantienen en tensión hacia la unidad ecuménica porque miran juntas a su Señor, Jesucristo. Más que subrayar y criticar los lados negativos de la actual situación, habría que ver en ésta una oportunidad para un encuentro que permite una mayor clarificación e iluminación de la riqueza propia y ajena, un mayor interés por todos los bautizados y una oración común al Señor de todos.

También podría verse un aspecto positivo en uno de los principales dramas y problemas de los cristianos de Tierra Santa: la creciente emigración. No es irreal el escenario futuro de unas Iglesias cristianas presentes en Tierra Santa formadas por muy pocos fieles, porque en las actuales circunstancias la elección de permanecer en Tierra Santa exige a las familias cristianas mucha fuerza, valor y determinación. Los Patriarcas y Obispos de Tierra Santa dirigen frecuentes llamadas a sus fieles solicitando su permanencia; pero, dadas las circunstancias adversas, no resulta fácil frenar la continua hemorragia. El lado positivo de este dramático fenómeno consiste en que los miembros de estas iglesias, cuando se constituyen en el exterior como grupos consistentes, incluso formando diócesis con otros fieles de la diáspora, muestran al mundo occidental la riqueza de estas antiguas iglesias orientales y, no raras veces, encuentran allí una renovada vitalidad. Generalmente se trata de fieles animados por un fuerte espíritu ecuménico. Además, la nueva situación que encuentran, les ayuda a superar su innato espíritu étnico-nacional y a abrirse a la universalidad de la Iglesia de Cristo.

Las comunidades cristianas de Jerusalén enseñan a los cristianos de Occidente que lo que los mantiene unidos en un espacio físico, como minoría entre judíos y musulmanes, es algo mucho más fuerte que el muro de Soleimán; es la voluntad y el mandato de Cristo de que seamos uno (*ut unum sint*); es la aspiración a reencontrar la unidad que Cristo ha querido para su Iglesia en torno a la misma fe, al mismo altar y a la misma autoridad; es la conciencia de que nos unen realidades más ricas, numerosas y nobles que las que nos dividen. Como dijo el papa Benedicto XVI en la homilía citada, “no faltan, por desgracia, cuestiones que nos separan a unos de otros, y que esperamos que puedan ser superadas a través de la oración y el diálogo, pero —añadió— hay un contenido central del mensaje de Cristo que podemos anunciar todos juntos: la paternidad de Dios, la victoria de Cristo sobre el pecado y sobre la muerte con su cruz y su resurrección, la confianza en la acción transformadora del Espíritu”. En Jerusalén, hay un testimonio que supera con creces al que ofrecen las mudas piedras de los Santos Lugares; es el que dan los cristianos de la Tierra Santa, piedras vivas de la iglesia de Cristo, testigos del amor del Padre que entrega a su Hijo por la salvación del mundo, y del Espíritu Santo que es el amor del Padre y del Hijo. A ellos vaya el reconocimiento y la gratitud de sus hermanos en la fe de todo el mundo.

Ecclesia*

* Este editorial ha sido redactado por Jesús Villagrasa, L.C.